

HISTORIA DE LA LITERATURA CHILENA

Maximino Fernández Fraile

Santiago, Editorial Salesiana, 1994. 2 tomos. 752 páginas.

Acaba de aparecer en nuestro medio esta nueva *Historia* de las letras nacionales y esto ocurre al amparo de una necesidad que era imprescindible satisfacer en la actualidad. El último documento de esta especie, como lo consigna don Ernesto Livacic al presentar la obra, había sido publicado treinta años atrás —la *Historia breve de la Literatura Chilena* (1964) del escritor de *Hijo de Ladrón*, Manuel Rojas—, y desde entonces no sólo ha transcurrido el tiempo, sino que la literatura y la historia del país tienen más que contar respecto a su desarrollo teórico y práctico —cosa que se ha venido haciendo parcialmente dentro y fuera del territorio—; pero, sobre todo, tienen más que preguntarse una a la otra a fin de intentar comprender el estado presente de la cuestión literaria, de reevaluar su pasado inmediato y el más lejano y, como una etapa fundamental, enfrentar el controvertido y delicado tema de su origen, problema de la mayor importancia a nivel local y latinoamericano, puesto que todas las literaturas de esta parte del continente deben reconocerse en su condición de mestizas, no fueron las sangres (las etnias) las únicas que se mezclaron para siempre, también lo hicieron las lenguas y con ellas las creencias de todo tipo. Esta incorporación a la *Historia* de las creaciones verbales (ya sea orales o transcritas posteriormente) prehispánicas —junto a su plena actualización al incluir escritores de las tres últimas décadas y obras impresas aún en 1993— constituye su máxima novedad y valor, sin dejar de reconocer, por supuesto, sus muchos méritos al redefinir lo que la tradición historiográfica en torno a la literatura chilena ha canonizado, siendo uno de sus grandes aportes en este sentido el superar la tríada genérica (lírica, narrativa, dramaturgia) para considerar otras manifestaciones tanto cultas (historia, filosofía, ensayos de diversa índole, crítica literaria, memorias, autobiografías, etc.), como populares (donde el folclor adquiere un lugar destacado). Todo ello desarrollado con sus respectivas “referencias histórico culturales”, que contextualiza el aspecto estético de los hechos literarios al devolverles su dimensión intelectual y política.

Esta *Historia* del profesor Fernández está guiada por un espíritu globalizador, donde información y reflexión se combinan adecuadamente, por eso es que su configuración como texto es multifacética, en ella encontramos además un esfuerzo por entregar una visión panorámica (sin descuidar la profundización), enciclopédica (sin abandonar la especialización) y antológica (sin sacrificar del todo su compromiso con aquellos que han quedado opacados, a veces injustamente, por el prestigio de las grandes figuras); siendo entonces a la vez y logradamente un documento obligado para investigadores y un manual para pedagogos.

La organización de los dos tomos es la siguiente: el primero se divide en dos partes, la primera va “Del tiempo de los dioses al Reino de Chile”, es decir desde el reconocimiento del medio origen indígena de la literatura chilena (cap. II) —“aimaras, atacameños, diaguitas, changos, pincunches, mapuches, pehuenches, huilliches, chonos, alacalufes, onas, yaganes, pascuenses, y otros grupos menores”, de los que revisa los mitos y leyendas que tuvieron y/o tiene y que se han heredado a la larga, pese a las pérdidas lingüísticas y formales en la mayoría de los casos—, para luego abordar los períodos de la Conquista (cap. III) —siglo XVI y sus grandes figuras: “Pedro de Valdivia, fundador de Chile”, “Alonso de Ercilla, inventor de Chile” y “Pedro de Oña, primer poeta de Chile” — y de la Colonia (cap. IV) — siglos XVII: “Alonso de Ovalle, soñador

de Chile”, “Diego de Rosales, observador de Chile”, “Francisco Núñez de Pineda y Bascuñán, novelista de Chile”; xviii: “Juan Molina, naturalista de Chile”, “Manuel Lacunza, teólogo de Chile”, “Miguel de Olivares, crítico de Chile”—, acabando con un capítulo (v) importantísimo, “Proyecciones literarias de la Guerra de Arauco”, donde el autor da cuenta de las obras que se han ocupado, hasta hoy, de algunos de los hechos o personajes de esos tres siglos de “enfrentamiento patente o latente entre españoles o criollos y mapuches”. La segunda parte del tomo, “El paréntesis independentista y la irrupción romántica”, dedica un capítulo a cada uno de estos momentos del siglo xix, centuria de cambios libertarios “en todas las colonias hispanas del Nuevo Mundo” —donde destacan en Chile, política y/o literariamente, Camilo Henríquez, Juan Egaña, Andrés Bello, Diego Portales, entre otros— y de transformaciones culturales en que se siente la gravitación de las influencias inglesa y francesa, por las que se ingresó al Romanticismo y cuando éste decayó, hacia fines de siglo al Realismo, Naturalismo y, después con el poeta nicaragüense Rubén Darío, al Modernismo —en toda esta etapa y cada uno tocado por uno o más de esas sensibilidades, encontramos, a Vicente Pérez Rosales, José Joaquín Vallejo (Jorabeche), José Victorino Lastarria, Francisco de Bilbao, Mercedes Marín del Solar, Guillermo y Alberto Blest Gana, Daniel Barros Grez. El segundo tomo contiene las dos partes finales del trabajo, las que abarcan desde las postrimerías del siglo pasado hasta los tres años iniciales de la última década de este siglo. La tercera parte, “los nuevos caminos”, retoma y amplía los temas del Naturalismo, el Modernismo, el Criollismo o Mundonovismo (cap. i), para entrar en seguida en “La maduración narrativa” (cap. ii) —con Vicente Grez, Luis Orrego Luco, Baldomero Lillo, Federico Gana, Augusto D’Halmar, Eduardo Barrios, Fernando Santiván, Mariano Latorre, Joaquín Edwards Bello, Inés Echeverría Bello (Iris), Amanda Labarca, Jenaro Prieto, etc.—, en “Hacia la gran poesía” (cap. iii) —con Carlos Pezoa Véliz, Pedro Prado, Gabriela Mistral, Víctor Domingo Silva, etc.—, y en los “Preludios dramáticos” (cap. iv) —con Antonio Acevedo Hernández, Armando Moock, Germán Luco Cruchaga, Carlos Cariola, Alejandro Flores, etc. Los títulos de estos capítulos anticipan, según las perspectiva del autor y en correspondencia con una opinión generalizada, un futuro esplendor de las letras chilenas, considerándose que Chile disfrutó de una etapa de oro desde la segunda década hasta la séptima, en especial gracias a la poesía y a ciertos narradores, por quienes se alcanzó un reconocimiento internacional. La cuarta parte, “La otra realidad”, desarrolla el tema de la literatura chilena a partir de “las cosmovisiones emergentes en la segunda y tercera década del siglo xx” (las vanguardias y otras novedades culturales) y de los cambios socio-políticos que se dieron a nivel mundial y que tuvieron también su impacto en estas latitudes (cap. i). Luego se revisan, por géneros, las consecuencias y la evolución de ese “gran cambio”, así se llega a “Las profundidades narrativas” (cap. ii) —con Juan Emar, Nicomedes Guzmán, Manuel Rojas, Salvador Reyes, Marta Brunet, Francisco Coloane, María Luisa Bombal, Mercedes Valdivieso, Carlos Droguett, Fernando Alegría, José Donoso, Jorge Edwards, etc.—; a “Las alturas poéticas” (cap. iii) —con Vicente Huidobro, Pablo de Rokha, Óscar Castro, Pablo Neruda, Eduardo Anguita, Gonzalo Rojas, Violeta Parra, Nicanor Parra, Enrique Lihn, etc.—; a “La gran puesta en escena” (cap. iv) —con el surgimiento del nuevo teatro chileno, el teatro universitario, en la década del 40: Pedro de la Barra, Pedro Morthéiru y en adelante otros como María Asunción Requena, Isidora Aguirre, Fernando Debesa, Egon Wolff, Luis Alberto Heiremans, Jorge Díaz, etc.—; para concluir con el presente en pregunta: “¿Hacia dónde?” (cap. v), que constituye para esta *Historia* un riesgo y una apuesta, por cuanto

no es el pasado quien tiene la palabra sino el futuro, del cual las opiniones del profesor Fernández son ya un buen anticipo, tanto en lo que respecta a la contextualización de la literatura en este período —cuyo punto de partida estuvo dado por los dolorosos acontecimientos de septiembre de 1973— como por la selección de autores que explica dentro de los narradores: Poli Délano, Cristián Huneeus, Antonio Skármeta, Adolfo Couve, Isabel Allende, Ariel Dorfmann, Lucía Guerra, Ana María del Río, Diamela Eltit, Ramón Díaz Eterovic, Pía Barros, Reinaldo Edmundo Marchant, Alberto Fuguet, etc.; dentro de los poetas: Jorge Teillier, José Miguel Ibáñez Langlois, Floridor Pérez, Óscar Hahn, Omar Lara, Jaime Quezada, Manuel Silva Acevedo, Waldo Rojas, Juan Luis Martínez, Hedy Navarro, Gonzalo Millán, Diego Maqueira, Raúl Zurita, Clemente Riedemann, Mauricio Redolés, Teresa Calderón, Tomás Harris, Elicura Chihuailaf, Jesús Sepúlveda, etc.; dentro de los dramaturgos: Juan Radrigán, Raúl Ruiz, David Benavente, Miguel Littin, Marco Antonio de la Parra, Gregory Cohen, etc.

Del tomo primero cabe dejar señalado el capítulo I, en que el profesor Fernández manifiesta las “Inquietudes de una Historia” como la que él mismo escribe y, paradigmáticamente, las que le preceden o las futuras; allí expone lo que a su juicio son las preguntas y decisiones que debe enfrentar todo historiador de la literatura: a) la “delimitación del momento de inicio de nuestra historia” literaria, para lo cual pasa revista a las opciones que enseña la tradición y la reflexión, de donde surge su inclinación a comenzar por lo aborígen, para plantear que de ahí en adelante “lo chileno hay que buscarlo en ambas vertientes, lo indígena y lo español, de lo contrario quedaría trunco”; b) el crucial asunto de “quiénes deben ser considerados en una historia literaria”, pues de ello depende en gran medida la imagen de la literatura chilena que recibirá el lector interno o externo, decidiéndose aquí ir desde “las figuras prominentes”, “otros escritores valiosos” hasta aquellos “que todavía suelen ser recordados”, que se espera que lo sean, visto lo cual esta es una *Historia* que mantiene un cierto canon imperante en Chile al mismo tiempo que pretende ampliar su relativa estrechez; c) el problema de la organización del material y del trabajo, entendiendo que toda historia se define por articular una “sucesión cronológica”, cosa que el profesor Fernández decide llevar a cabo a través del tratamiento expositivo sobre autores, esto acontece en el primer tomo, pues para el segundo se privilegian los géneros y dentro de ellos la sucesión de autores, todo esto sin dejar de dar cabida a relaciones no temporales que abran las observaciones no sólo al “devenir” sino que al “ser” —recuérdense que ésta como otras historias se propone una especie de ontología de lo nacional —; d) el lugar que los métodos de análisis y de interpretación deben tener en un trabajo de este tipo, ya que no se trata de “establecer sólo un listado de nombres” (de escritores y obras) con sus correspondientes fechas, y respecto a la variedad metodológica de apreciación literaria —impresionista, biográfica, psicológica, sociológica, estilística, formalista, estructuralista, desconstruccionistas, etc.—, aquí se opta por “considerar lo mejor de cada uno de ellos cuando sea oportuno”, así también se incluyen “la apreciación del propio autor en cuanto lector” y “citas de críticos o estudiosos” que puedan ilustrar determinados puntos, todo lo anterior con sus “notas bibliográficas”. Finalmente, el autor de esta *Historia*, en esta misma sección, señala “algunas características generales de la literatura chilena”. La primera es una extensión que hace el profesor Fernández de un comentario de Eduardo Solar Correa en relación al período colonial: “No se conoce sino un tema: Chile y las guerras de Chile”. Tema doble como se explica: primero, “Chile está presente siempre en las obras de sus escritores, en cuanto hombres y paisajes” —desde Pedro de Valdivia, Alonso de Ercilla,

Alonso de Ovalle, hasta Gabriela Mistral, Pablo Neruda y muchos otros—, en cuanto el carácter del chileno (y su tipología: el indígena, el campesino, el huaso, el roto, el minero, el patrón, el obrero, el lolo, etc.), y la belleza/hostilidad del territorio; segundo, Chile como escenario permanente de luchas —la “dilatadísima Guerra de Arauco”, “la guerra de la Independencia, la campaña libertadora del Perú, guerra contra la Confederación Perú-Boliviana, Guerra del Pacífico, pacificación definitiva de la Araucanía, Guerra Civil de 1891 y otros episodios bélicos menores”, junto con muchísimos conflictos sociales y políticos durante este siglo, de todos los que la literatura chilena a su manera es una especie de registro, por eso es que acertadamente el autor de esta *Historia* destina en ciertas secciones algunos subcapítulos a las “Proyecciones literarias de los sucesos bélicos del período”. La segunda característica corresponde a una reflexión respecto al marcado realismo de la narrativa en contraposición al idealismo de la lírica, observación ésta que, sin embargo, debe mantenerse como hipótesis de trabajo hasta que no se pruebe, y de ser plausible al menos se consideren las excepciones. Evidentemente esta caracterización de la literatura chilena no agota lo que de ella se pueda decir en términos generales, más bien implica problemas a resolver — invitación que deja abierta esta obra —, sin olvidar que ya no es posible pensar una historia de las letras nacionales sin tener en cuenta que se trata, en definitiva, de una parte de la literatura latinoamericana, cosa que en ningún caso debería entenderse que estuviera fuera de sus alcances, por el contrario es la única manera de no encerrarse en sí misma.

LUIS CORREA DÍAZ